

¿Disolución o dilatación? «Lo social» en la Historia

Ismael Saz

Universitat de València

No creo que sea ocioso recordar que el planteamiento mismo de la cuestión remite a una de las más ásperas controversias de nuestra disciplina: la relacionada con la que, en sus términos más generales, pero sin olvidar tampoco sus múltiples facetas y concreciones, podríamos definir como confrontación entre la historia social y la historia cultural. Y no está de más recordar que estas controversias lo fueron especialmente en el mundo anglosajón, aunque no solo, a «cara de perro», alcanzando en ocasiones una virulencia extraordinaria. No es nuestra intención entrar en consideraciones mayores acerca de estas controversias¹. Aunque quizás valga la pena constatar que en los últimos tiempos las aguas se han «remansado» y que, lo que es más importante, se han abierto vías de comunicación entre las distintas posiciones que, desde mi punto de vista, han venido a enriquecer tanto a la historia social como a la cultural. En el mismo sentido, se podría añadir que lo que podría haber terminado como víctima propiciatoria de las acometidas del giro lingüístico, el posmodernismo o la historia cultural en sus múltiples formulaciones, «lo social», podría haber quedado, más dilatado que «disuelto en la historia».

En efecto, hoy podemos considerar que muchas de las antinomias que se vivieron como «absolutos» irreconciliables se han despojado de sus aspectos más esencialistas para abrirse a relaciones más abiertas y «dialécticas» más fecundas. Me refiero, es claro, a las contraposiciones entre «lo social» y «lo cultural»; «lo cultural» y «lo real»; entre lo local y lo general; entre lo micro y lo macro; entre lo individual y lo colectivo; entre lo privado y lo público; entre el lenguaje y la materialidad².

1 Entre otras cosas porque el autor de estas líneas no puede considerarse ni como un epistemólogo ni como un especialista en historia social. También por la propia complejidad de la historia social, que, como recordara Carlos Forcadell, es un concepto que en sí mismo no es unívoco, puede albergar distintos contenidos y abrirse a concepciones y formulaciones más amplias y complejas. Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116 (103-104). Finalmente, porque entre los propios especialistas parece más frecuente que otra cosa el lamento por la escasa reflexión en la historiografía acerca del concepto de «lo social». Patrick JOYCE: «Lo social en la historia social», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 155-158. Y desde luego no faltan los reproches a quienes se aventuran en terrenos tan peligrosos sin distinguir y articular adecuadamente conceptos como «social», «lo social» y «sociedad», por ejemplo. Cfr. Álvaro SANTANA ACUÑA: «Sociedad, social y lo social: la historia ramificada de tres conceptos», *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 1 (2012), pp. 2261-265.

2 Para esto último, la constatación de un «giro a lo material» que habría ido a acompañar en los últimos tiempos al giro cultural. Patrick JOYCE: «Lo social en la historia social», *op. cit.* Véase también n. 6.

Es verdad que, en algunas de sus permutaciones más extremas, el «giro cultural» pudo conducir a «excesos» que podían llegar a amenazar la posibilidad misma del conocimiento histórico, o a condenar toda forma de hacer historia que no se adecuase a alguna de sus premisas. Paradójicamente, tales pretensiones venían a reproducir, en negativo, algunas de las formulaciones y prácticas más abusivas de la propia historia social cuando esta llegó a ser concebida prácticamente como la única forma de hacer historia. Y no deja de resultar paradójico, también, que lo que en el posmodernismo/posestructuralismo podía haber de serio correctivo al estructuralismo propio de cierta historia social terminara por resolverse en otro estructuralismo, este lingüístico, no menos problemático a la hora de captar la complejidad de los procesos históricos³.

Ciertamente, la historia social había incurrido en estos y otros vicios, así como mostrado de modo cada vez más acusado algunas de sus limitaciones, tales como, entre otras, la de no haber estado siempre bien avenida con problemáticas relativas a la cultura, la ideología, la subjetividad o a otros sujetos sociales más allá del que lo era en ella por excelencia, la clase.

Pero, más allá de esto, hay algunas cuestiones que conviene recordar. En primer lugar, que no toda la historia social se reducía a un cúmulo de estructuras sin sujeto, determinismos y auto-referencias; que, lejos de ello, hubo una autoconciencia creciente de esas limitaciones; y que de forma muy significativa algunos de sus más cualificados exponentes abrieron líneas fecundas de apertura a «lo cultural», empezando, cómo no, por E.P. Thompson y R. Williams⁴.

En segundo lugar, pronto se pudo hablar de una «nueva historia cultural» capaz de articular diversos enfoques, como la antropología de Geertz, la lingüística de Saussure, el estructuralismo de Levi Strauss o los aportes en otros planos de Foucault o Bourdieu⁵. Y es por este lado por el que se abría el paso a una ruptura de la dicotomía entre el ámbito de lo «cultural» y el de «lo real» –social o político–, porque, entendida la cultura como un entramado simbólico de actividades, representaciones y prácticas, podía considerarse, ella misma, como constitutiva de lo «real» social y político. Dicho de otro modo, desde esta perspectiva, lo cultural podía considerarse clave no ya para la «disolución de la social», sino para el enriquecimiento de nuestra forma de aproximación y conocimiento de lo social⁶.

Así pues, desde mi punto de vista hay que rechazar viejas dicotomías, antinomias y absolutos para abrirse a la complejidad de enfoques, a la pluralidad interdisciplinar⁷, a la hibridación de distintas perspectivas teóricas y, por qué no, a un eclecticismo creativo⁸. Dos ejemplos

3 Reflexiones imprescindibles acerca de los distintos «estructuralismos» en Gabrielle M. SPIEGEL: «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006), pp. 19-50.

4 Cfr., Geoff ELEY: *A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2005, pp. 1933 y ss. También, Geoff ELEY / Keith NIELD: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010. Véase para una clarificadora visión de conjunto, el artículo citado de Gabrielle Spiegel.

5 Lynn HUNT (ed.): *The New Cultural History*, Berkeley / Los Ángeles, University of California Press, 1989.

6 Cfr., Victoria E. BONNELL / Lynn HUNT (eds.): *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999.

7 Como señala Patrick Joyce cuando apuesta por la «unidad entre práctica y teoría...», entre historia cultural e historia social (y de ambas con la historia económica y política), así como entre la historia y las ciencias sociales. Poniendo así de manifiesto que las actuales divisiones entre disciplinas y subdisciplinas, aunque en algunos aspectos pueden ser legítimas y productivas, pueden constituir, sin embargo, un obstáculo para el avance del conocimiento». Patrick JOYCE: «Materialidad e historia social», *Ayer*, 62 (2006), pp. 86-87.

8 Una contundente apuesta por la «hibridación» en Geoff ELEY: *A Crooked Line*, *op. cit.*, pp. 200-203.



Cartel del curso organizado con motivo del décimo aniversario del fallecimiento de Juan José Carreras. Zaragoza, 2016.

relacionados con mi actividad investigadora podrían servir, tal vez, para clarificar los planteamientos apuntados: el relativo a la historia de las culturas políticas y el que se refiere a la *Alltagsgeschichte*.



En lo que toca a la **historia de las culturas políticas** es perfectamente conocida la crítica a las iniciales formulaciones de Gabriel Armond y Sydney Verba, a las que se reprochaba, creo que justamente, su funcionalismo, su carácter consensual, la jerarquización predeterminada de las sociedades, la limitación del campo y los objetos de estudio, y que todo Estado-nación tenía una, y solo una, cultura política⁹; incluso se ha podido decir que tal concepto de cultura política podía llegar a usarse en un modo que ni era político ni era cultural¹⁰. En las antípodas de esta aproximación podrían situarse los planteamientos de Keith Baker, cuya noción de cultura política se situaba, por así decirlo, en las posiciones más extremas del radicalismo lingüístico. Su noción de cultura política como un «conjunto de discursos y prácticas simbólicas» termina-

⁹ Gabriel ALMOND / Sidney VERBA: *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Suramérica, 1970.

¹⁰ Margaret R. SOMERS: «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública?», *Zona Abierta*, 77-78 (1996-1997), pp. 31-94.



Sesión inaugural del curso «El legado de Juan José Carreras», en la mesa: Ramón Villares, Carlos Forcadell, Pedro Ruiz e Ismael Saz, expresidentes y actual presidente de la Asociación de Historia Contemporánea. Facultad de Filosofía y Letras, 2016.

ba por concluir que «la autoridad política e(r)a esencialmente una cuestión de autoridad lingüística». Tal enfoque podría conducir, como se le ha reprochado justamente, a una suerte de reduccionismo tendente a disolver lo social -y lo político- en los marcos discursivos¹¹.

Sin embargo, la propia caracterización de Baker podría ser reinterpretada en el sentido de que el imprescindible reconocimiento de la centralidad del discurso no tendría, contra lo que el propio Baker sostiene, por qué conducir a negar la existencia de otras formas de acción humana¹². De hecho, una visión más abierta sobre aquello que entendemos por «prácticas simbólicas» abriría el camino al diálogo con otras líneas de investigación.

Tal sería en nuestra opinión, desde una perspectiva no exenta de cierto eclecticismo, de lo que atañe a los estudios más sobresalientes sobre las culturas políticas en la historiografía francesa. Así, la concepción de Jean-François Sirinelli de la cultura política como un «código y un conjunto de referentes (especialmente, creencias, valores, memoria específica, vocabulario propio, sociabilidad particular, ritualizada o no) formalizados en el seno de un partido o difundido más ampliamente en el seno de una familia o de una tradición política, y que le confiere una identidad propia». Desde este punto de vista, la cultura política podría definirse también «como un conjunto de representaciones que configura un grupo humano en el plano político, es decir, una visión del mundo compartida, una común lectura del pasado, una proyección

¹¹ Keith M. BAKER: «Introduction», en *The French Revolution and the creation of Modern Political Culture*, Oxford, Pergamon, Press, 1987, t. 1, pp. XI-XXIV; *id.*, «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-110. Para la crítica, Roger CHARTIER: «La historia entre narración y conocimiento», en, mismo autor, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 55-69.

¹² William H. SEWELL: «Por una reformulación de lo social», *Ayer*, 62 (2006), pp. 51-72.

en el futuro vivida conjuntamente»¹³. Paralelamente, Serge Bernstein subrayaba la importancia de toda una serie de parámetros como los fundamentos, referentes y visiones filosóficas, históricas, económicas o sociales, en cuya articulación serían fundamentales los símbolos, los ritos y el discurso¹⁴.

Es verdad que el eclecticismo que aquí reivindicamos, consistente en combinar, diríamos que de forma creativa, los enfoques de Baker con los de Sirinelli y Bernstein podría ser visto desde las perspectivas esencialistas –siempre poseedoras, como se sabe, de «la verdad»– como el culmen de la heterodoxia o de la incoherencia teórica. Pero no es menos cierto que para la práctica historiográfica, que es la que realmente nos importa, este eclecticismo se ha mostrado sumamente rico y provechoso. En este sentido no puedo sino recordar el *workshop* de Zaragoza organizado por Carlos Forcadell¹⁵, un hito en la gestación de aquella historia de las culturas políticas en seis volúmenes que impulsara de forma tan decisiva como clarividente Manuel Pérez Ledesma¹⁶.

Cabe decir, por volver al hilo general de nuestra exposición, que nada había más lejos por este lado que la disolución de lo social. Porque, entendidas las culturas políticas como discursos, prácticas, representaciones y sociabilidades habría pocas dudas de que «lo social» se habría dilatado respecto de las viejas estrecheces de las historias, en su tiempo al uso, del movimiento obrero, de los partidos obreros, de las estructuras sociales. De este modo, todo lo que podría ser visto en su momento como una embestida contra «lo social» desde el «giro cultural», podría ser considerado también como una dilatación de lo primero merced al impulso experimentado a raíz de un desafío a la postre enriquecedor.

Mucho de esto hay también en la *Alltagsgeschichte*, la cual pudo ser entendida como un desafío a la Ciencia Social Histórica, hasta el punto de recibir de esta última los más duros anatemas, no excluido aquel que la identificaba como una suerte de neohistoricismo¹⁷. Y, sin embargo, hay que decirlo una vez más, no tendría por qué darse esa oposición entre lo privado y lo público, entre el individuo y la sociedad, entre la recuperación del sujeto y la atención a los procesos generales, entre lo local y lo general¹⁸. En este sentido me remito a la feliz concreción por parte de Lüdtke de algunos de los supuestos metodológicos fundamentales de este enfoque poniéndolo en relación, precisamente con uno de los más felices aforismos marxianos:

13 Jean-François SIRINELLI: «Éloge de la complexité», en Jean-Pierre RIOUX / Jean-François SIRINELLI (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, Paris, Le Seuil, 1997, p. 438.

14 Serge BERSTEIN: «Nature et fonction des cultures politiques», en Serge BERSTEIN (dir.): *Les cultures politiques en France*, Paris, Le Seuil, 1999, pp. 1-10; «Les cultures politiques à la fin du XX siècle», *id.*, pp. 391-396.

15 Resultado del cual fue el libro que tuvo como editores a Manuel PÉREZ LEDESMA / María SIERRA: *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

16 Manuel PÉREZ LEDESMA / Ismael SAZ (dirs.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / PUZ, 2014-2016.

17 En palabras de Jürgen Kocka que recojo en la traducción de Carlos Forcadell: «cálido viento del neohistoricismo en el rostro de la historia de las estructuras y de los procesos teóricamente orientada». Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos...», *op. cit.*, p. 104.

18 Como precisara con claridad el más cualificado exponente de la *Alltagsgeschichte*. Alf LÜDTKE: «Introduction. Qu'est-ce que l'histoire du quotidien, et qui la pratique», en, mismo autor, *Histoire du quotidien, Paris, Maison des sciences de l'homme, 1994* (1989). Carola Lipp, por otra parte, abogaba por una antropología política que, relacionando la política con la vida cotidiana, podría superar la separación clásica entre las esferas privada y pública. Carola LIPP: «Writing History as Political Culture. Social History versus *Alltagsgeschichte*. A German Debate», *Storia della Storiografia*, 17 (1990), pp. 66-100.

«los hombres hacen su propia historia, pero... en circunstancias halladas, dadas y transmitidas». Y Lüdtke simplemente añadía «¡pero la hacen ellos mismos!» Se «completaba» de este modo la redacción para subrayar que «cada hombre y cada mujer ha 'hecho historia' diariamente»¹⁹. El concepto de *eigensin*, de difícil traducción, articularía en el sentido apuntado el proceso de reapropiación por los dominados de las propias condiciones de su dominación, para enfrentarse a ellas en los términos dictados por su propio interés y racionalidad²⁰.

Como apuntábamos en relación con la historia de las culturas políticas, no hay nada en este complejo maridaje de lo social y lo cultural, de lo «historiográfico» y de lo «antropológico», que conduzca a una ulterior disolución de lo social. Todo lo contrario, este redescubrimiento del sujeto activo, de lo local, de lo cotidiano, lejos de cualquier neohistoricismo, permite arrojar nueva luz en nuestra aproximación al conocimiento de los procesos sociales y políticos²¹. No por casualidad, la aparición de la historia de la vida cotidiana ha conllevado una radical renovación de los estudios sobre el nazismo y, más en general, sobre las dictaduras contemporáneas. Algo que, dicho sea de paso, ha permitido cuestionar radicalmente enfoques procedentes de las teorías del totalitarismo y de la modernización, al tiempo que superar muchas de las «estrecheces» de una determinada forma de concebir la historia social.



Es posible decir, a la luz de todo lo expuesto, que estaríamos bien lejos de la disolución o declive de «lo social». Más bien al contrario, se podría considerar que, a través de largas, conflictivas y siempre complejas batallas epistemológicas, los confines de lo social se han dilatado tanto como enriquecido nuestras herramientas –porque de eso se trata en última instancia, de herramientas– para su estudio. Es cierto que ya no se podrá volver a la «vieja historia social», que, por otra parte, ni era tan vieja ni se había cerrado a sí misma vías de renovación y apertura a otras formas de entender la historia. Del mismo modo, el «giro lingüístico», o el «cultural», el «posmodernismo», o el «posestructuralismo» en sus múltiples y complejas permutaciones parece haber mostrado algunos de sus límites; pero también sus múltiples potencialidades. Y, desde luego, no parece que el quehacer del historiador salga beneficiado por el enquistamiento en posiciones, valga la redundancia, esencialmente esencialistas. Todo lo contrario, la voluntad de diálogo y desde posiciones que aspiraban a articular las principales líneas de renovación de la historia social con los nuevos retos –que vinieron a quedarse para siempre– de la historia cultural, han mostrado toda su fecundidad potencial.

Buena muestra de lo que apuntamos es que algunos «muertos» prematuramente sepultados, parece que empiezan a ser liberados, desde los más variados presupuestos epistemológicos, de viejas ataduras y embalsamamientos. No hace mucho, Patrick Joyce hablaba de la eventualidad de un nuevo «giro material»²². William H. Sewell, por su parte, tenía que remitirse nada menos que al *Manifiesto Comunista* para apuntar que las realizaciones humanas «no son solo realizaciones semióticas», sino que son también y «*simultáneamente* (s.o.) actos en y sobre entornos

19 Alf LÜDTKE: «De los héroes de la resistencia a los coautores. *Alltagsgeschichte* en Alemania», *Ayer*, 19 (1995), pp. 49-69. La bibliografía sobre esta perspectiva historiográfica es muy abundante, aunque a título introductorio sirven bien los textos que acabamos de mencionar. También el muy clarificador de Geoff ELEY: "Labor History, Social History, *Alltagsgeschichte*: Experience, Culture, and the Politics of the Everyday –a New Direction for German Social History?", *Journal of Modern History*, 61 (1989), pp. 297-343.

20 Cfr. Geoff ELEY: "Labor History...", *op. cit.*

21 Geoff ELEY: *A Crooked Line*, *op. cit.*, pp. 184-185.

22 Véase n. 2 del presente texto.



Con Manuel Pérez Ledesma e Ignacio Peiró –en primer término–, en un curso del Seminario Juan José Carreras. IFC, 2009.

materiales»²³. Como apuntábamos más arriba, Lüdtke completaba, más que negaba, uno de los más importantes aforismos de Marx. Keith Nield, en otro orden de cosas, se remitía hace unos años al Capítulo 10, Libro 1, del *Capital* para incidir en la «reticencia de Marx a extraer conclusiones sobre su relato *histórico* desde las *epistemes* de la determinación», así como a la «enorme importancia» que el propio Marx concedía a los «factores contingentes y contextuales en el proceso histórico»²⁴. Y, casualidad o no, no deja de aportar motivos para la reflexión la reciente biografía de Marx de Gareth Stedman Jones²⁵. Tal vez, liberado del lastre de tantos y tantos «marxismos», el viejo y venerable barbudo de Tréveris, aquel predispuesto a dar a la historia el *status* de única ciencia, pueda sernos todavía de alguna utilidad. ¿Hasta el punto de poder hablar de un ulterior «giro marxiano»?

²³ William H. SEWELL: «Por una reformulación de lo social», *op. cit.*, pp. 65-66.

²⁴ Keith NIELD: «Epistemología y mal humor en la historia de lo social», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 175-176.

²⁵ Gareth STEDMAN JONES: *Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Madrid, Taurus, 2018.